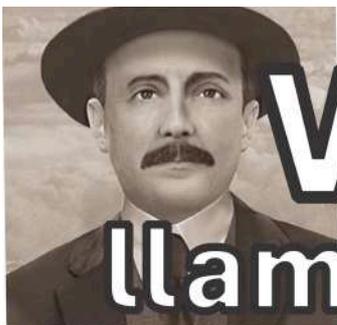


ID Y EVANGELIZAD

Nº137

www.solidaridad.net

VOCACIÓN llamados a la santidad



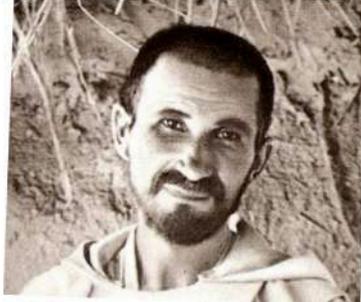
José Gregorio Hernández



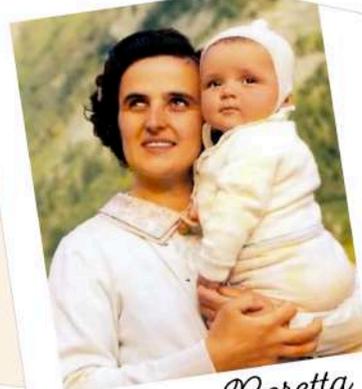
Maximiliano Kolbe



Thérèse de Lisieux



Carlos de Foucault



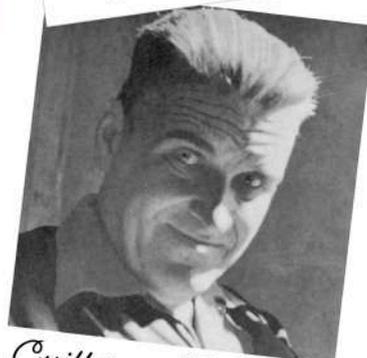
Gianna Beretta



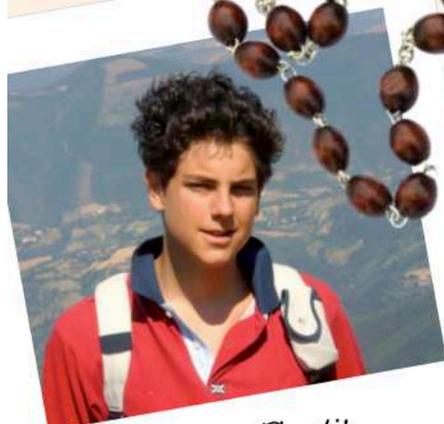
Tibi Dägerstätter



Iqbal Masih



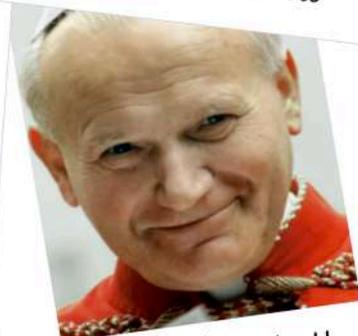
Guillermo Rouirosa



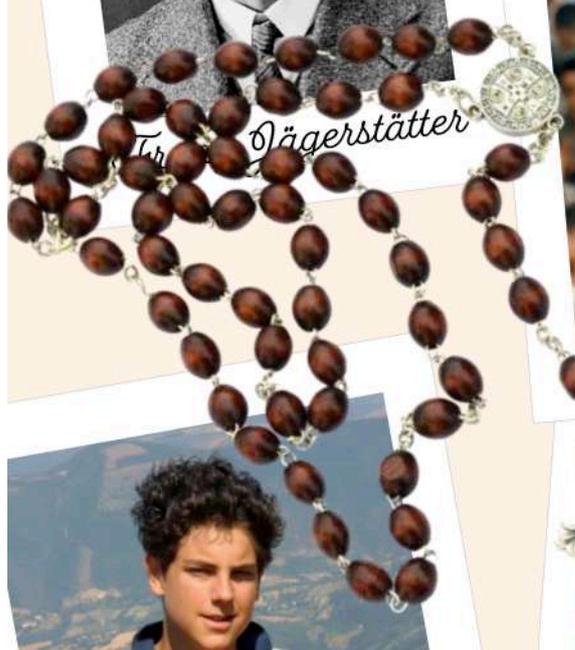
Carlo Acutis



Chiara Corbella



Juan Pablo II



La Vocación

En este número de ID abordamos la vocación (etimológicamente, llamada) desde una doble perspectiva. Por una parte, la vocación como asunción de un proyecto que nos precede y constituye; así vista es uno de los ejes de la antropología correcta. Por otra, la vocación de estado (diferenciada en ministerio apostólico, laicado y especial consagración), tal y como se suele presentar en la Iglesia católica.

Estas dos dimensiones de la vocación son hoy no solo cuestionadas, sino también rechazadas o ignoradas. Y esto es una de las causas de la actual crisis teológico-religiosa, cultural y social que padecemos. Por tanto, es vital retomar –en la línea de la Tradición de la Iglesia– la vocación como algo nuclear en la antropología y en la evangelización. Un primer paso es aclarar conceptos y purificar falsas concepciones.

En cuanto a la primera perspectiva, no podemos insistir bastante en que solo podemos ser auténticamente personas y sociedades libres si nos reconocemos como seres que brotan –por puro amor– del Ser que nos da consistencia y misión, seres fruto de la solidaridad divina y de las generaciones que nos preceden; fruto del sacrificio y del bien compartido anónimamente. En cambio, desde el siglo XVI, con el predominio cultural del humanismo y el protestantismo, se ha ido acentuando la cultura del *make yourself*, que hoy adopta formas tan absurdas como el empoderamiento entendido como autosuficiencia, el «yo no le debo nada a nadie» o «todo lo he conseguido por mi propio esfuerzo».

En cuanto a la segunda perspectiva, la que atañe a los distintos estados de vida de los cristianos, existe una confusión consistente en equiparar los tres estados de vida (ministerio apostólico –presbíteros y obispos–, laicado –incluido el matrimonio– y consagración especial –religiosos y vírgenes consagradas–) como si fuesen similares ontológicamente y, de este modo, intercambiables, de modo que todo lo que puede hacer un bautizado lo podría hacer cualquier otro bautizado. Así, por ejemplo, el sacerdote podría casarse como el laico, los laicos sustituir al obispo o al papa en su ámbito magisterial y los clérigos dirigir a los laicos en su tarea política, social y cultural; la mujer podría acceder al ministerio apostólico. En esta perspectiva, que no sean funciones intercambiables se debe a meros condicionantes históricos.

La realidad es otra: el bautismo, la confirmación y el orden sacerdotal cambian el ser de los que los reciben, porque imprimen carácter, es decir, el sello espiritual irreversible e irrepetible que configura de manera particular a la persona con el sacerdocio de Cristo, tanto como disposición positiva ante la gracia, como para el cumplimiento de determinadas funciones según su estado de vida (Catecismo, n.º 1121). También la Eucaristía, en cuanto configuración diacrónica del fiel cristiano con el Hijo de Dios, realiza un continuo cambio en el ser de quien lo recibe; este sacramento contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (PO 5), siendo por ello fuente y culmen de la vida cristiana (LG 11).

En este sentido, es más correcto afirmar que las vocaciones de estado primarias son la bautismal (vocación a la santidad y a la justicia, en palabras de Guillermo Roviroza y Julián Gómez del Castillo) y el ministerio apostólico (que se adquiere en el orden sacerdotal). El laicado (incluido el estado matrimonial) y la especial consagración, en cuanto no cambian el ser adquirido por el bautismo, son concreciones de la manera de vivir la vocación esencial, la del sacramento de iniciación cristiana.

Partir de esta claridad filosófico-teológica es imprescindible para salir del atolladero en el que muchos están metidos, como se ha constatado en algunos debates en torno al Sínodo de la sinodalidad: el clericalismo, el poder de los laicos en la Iglesia, el acceso de la mujer al sacerdocio, etc. planteando así falsas soluciones a los problemas de fondo que experimenta la Iglesia actualmente: abolición del celibato, democracia liberal en el gobierno eclesial, etc.

No solo son falsas soluciones, sino que apartan la mirada del verdadero problema que tenemos y que no es otro que la vivencia de la santidad (sea en medio de las realidades seculares, sea en el ejercicio del ministerio apostólico). Hay que retomar –como plantea el Vaticano II– tanto la primacía de la iniciación cristiana como la especificidad ontológico-ministerial (*sacra potestas*) del sacramento del orden, en complementación con el sacerdocio ordinario de los fieles (LG 10 b). Se trata de volver continuamente a la Iglesia pascual, que nos remite al bautismo y a los apóstoles que lo hacen posible. Esta es la salida superadora a los falsos y demagógicos debates que pretenden confrontar las vocaciones eclesiales. ●

Análisis



Somos vocación

P. Carlos Ruiz

Guillermo Rovirosa defendió una antropología basada en la llamada que constituye al ser humano, es decir, una antropología de la Gracia. Esto no lleva al quietismo ni al escapismo, sino a la más radical entrega, por la responsabilidad que implica. Construir la espiritualidad y la misión desde la vocación implica también una correcta eclesiología en la que las luchas por el poder o la representatividad no tienen importancia y sí la tiene la comunidad bautismal y eucarística. El padre Carlos Ruiz es misionero y teólogo.

I. Presupuestos antropológicos

Para entender la antropología defendida por Rovirosa hay que tener en cuenta dos presupuestos básicos: (a) El ser humano, como el resto de la Creación, solo tiene un fin: el sobrenatural. A él deben orientarse su realidad corporal y espiritual. Esto nos sitúa ante algo pre-existente y gratuito: el Plan de Dios que nos antecede. (b) La consecución de dicho fin sobrenatural solo es posible en la Comunión-Solidaridad.

A partir de estos dos principios, Rovirosa deduce una de las conclusiones más importantes de su proyecto apostólico: somos vocación. Es más exacto afirmar que somos antes que tenemos, ya que la vocación no es ni opcional ni extrínseca, sino constitutiva; de hecho, solo somos auténticamente en la medida que realizamos el proyecto personal para el que Dios nos ha creado, en colaboración con el resto de hermanos. La vocación, en palabras de Rovirosa, es la posibilidad más importante de cumplir el mandamiento «Sed perfectos», que se nos regala al nacer y especialmente en el Bautismo.

Para llevar adelante este plan personal de divinización en las coordenadas espaciotemporales, Dios, como Padre amoroso, nos dota con todos los elementos necesarios para conseguirlo: temperamento, tendencias, gustos, apetencias... Todo está maravillosamente –divinamente– adaptado y proporcionado a la santificación de cada criatura; basta solamente que la voluntad de los hombres sea concorde con la voluntad de Dios.

El drama de la humanidad consiste en la castración de nuestro ser vocacionado al impedir que desarrollamos lo que somos por designio divino. Y esto trae repercusiones concretas: «Y la sociedad –dice G. Rovirosa– sufre las consecuencias de su pecado. ¡Quién sabe si el cáncer ya no fuera temible, ni la radiactividad una esperanza, ni la energía solar un sueño, ni el orden social una quimera! Tal vez los que habrían de resolverlo están hoy picando piedra, batiendo cemento o cavando la tierra, y otros eran los que estaban destinados a estos fines».

Pese a que algunos han querido ver en la espiritualidad militante un trasfondo de antropología prometeica, el planteamiento que hace Rovirosa de la vida cristiana como vocación nos sitúa ante una ontología y una antropología de la Gracia. La respuesta humana es proporcional a la conciencia que se tenga del Don.

Desde esta perspectiva, se entiende la visión fundamentalmente esperanzada respecto a las posibilidades de las personas, ya que en todas late un proyecto divino. Se trata de actualizar la llamada latente. Por eso, Rovirosa, que firmaba sus tarjetas de presentación como «entusiasta», proclamaba que no hay nada más «contagioso» que un militante vocacionado; de la misma manera, insistía en que con pocas personas de este tipo, sale adelante cualquier proyecto apostólico serio.

Por último, Rovirosa ve a la persona, más que como un proyecto acabado, como una obra por hacer; en consecuencia, es más importante lo que deseamos ser que lo que somos ahora mismo: «Y así como cada ser creado halla su perfección *siendo lo que es*, el hombre (único ser libre) hallará su perfección *siendo lo que puede ser*»; por eso, el punto inicial de cualquier ascética es necesariamente esta afirmación: «Me falta algo». El hombre satisfecho de sí mismo es un puro absurdo; pero que abunda espantosamente.

2. Vocación y libertad

Sólo desde la anterior perspectiva, podemos entender adecuadamente la libertad, ya que ésta no es autónoma sino heterónoma, referida, cuando es auténtica, a la Verdad que se encarna en la vocación de cada uno.

Rovirosa subraya la positividad de la libertad humana, pues en ella radica nuestra dignidad de seres creados a imagen y semejanza del Dios Trino. La

humanidad sin libertad sería un guiñol en un gran teatro destinado a divertir a un espectador monstruoso con las contorsiones trágicas e inútiles de sus criaturas; un campo de concentración inmenso y absurdo; por eso la Iglesia ha defendido siempre la libertad, «don sagrado» del que dependen el cielo y el infierno. Por tanto, la Iglesia es el único lugar de sana libertad de este mundo; es el reino del hombre total y de la libertad total, según Rovirosa.

La síntesis entre libertad y vocación es la responsabilidad, a la que Rovirosa apela frecuentemente en sus planteamientos. La responsabilidad aparece en la feliz conjunción de una «llamada» que sólo Dios puede dar y de la libertad con la que el hombre escoge su incorporación al Cuerpo Místico, mediante el cumplimiento del papel que le corresponde. Si no fuésemos libres, no seríamos responsables de una tarea tan trascendental como es la de responder al amor de Dios con amor humano.

3. La vocación bautismal

Una de las principales aportaciones de Rovirosa a la historia de la espiritualidad es la centralidad que le concede a lo que él llama «vocación bautismal». Todo el edificio apostólico que levanta nuestro autor está construido sobre las aguas bautismales, al estilo de lo que leemos en el *Pastor de Hermas*, cuando se representa a la Iglesia como una torre que se eleva sobre el agua primordial de la Iniciación Cristiana.

La tarea principal de los padres, catequistas y educadores es, precisamente, hacer descubrir a los niños que están llamados a tan alta dignidad: «¡Hermanos de la HOAC!, explicaba Rovirosa, ¡Nuestros hijos son de “madera de santos”. Nuestra santificación, entre otros aspectos, nos exige que ayudemos a ser santos como Dios quiere a los prójimos más prójimos que tenemos, que son nuestros hijos. Estudiarlos, investigar, descubrir... guiados por el Espíritu Santo... Nada existe en el mundo más apasionante que ser prospector de minas... de santos».

Ante esta vocación existen cinco actitudes: 1. La de los que anteponen la seguridad familiar al desarrollo de la Gracia bautismal porque supone siempre riesgo, incomodidad y persecución. 2. La de los que la niegan por la codicia y no quieren la pobreza. 3. La de los que siguen a Cristo cuando multiplica panes y escapan cuando hay que ser comido. 4. La de los que le siguen sin acatar lo que no se comprende. 5. La de los que dicen «¡Heme aquí, Señor, para que

mandes a tu siervo, hijo de tu Sierva!».

La realización de la vocación bautismal nos permite recuperar el rostro original de la Iglesia de Cristo, que se construye sobre las aguas primordiales del Bautismo y cuyo cuerpo es la Comunión-Solidaridad. Igualmente, exige el desarrollo de nuestras capacidades evidentes y profesionales.

4. **Eclesiología de Comunión-Solidaridad**

Al ser profundamente coherente con la primacía del Sacramento de Iniciación Cristiana y de que esa es la forma y fin que debe tener todo lo cristiano, Rovirosa anticipa la denominada *elesiología* de comunión que va a tener tanto desarrollo a partir del Concilio Vaticano II. De hecho, la espiritualidad impulsada por Rovirosa ha sido uno de los principales agentes de cambio, posiblemente el más importante, de la mentalidad del clero español durante los años cuarenta-cincuenta, época en la que se preparan las profundas transformaciones que experimentará la Iglesia española en las siguientes décadas.

Rovirosa se marca como objetivo prioritario, recién nacida la HOAC, la difusión del apostolado obrero entre los seminaristas y los sacerdotes españoles, consciente de que para esta tarea no valía sólo el ser designado por el Obispo, sino que era preciso una decisión personal por una determinada manera de ser y de actuar. Por eso, en la multitud de viajes que emprende para extender y organizar la HOAC por toda la geografía española, nunca olvidará los encuentros con los seminaristas a los que invitaba a formar parte de los «Grupos de Jesús Obrero» en los que se formaban en fraternidad estrecha con los más pobres de la España de la postguerra. El objetivo era el siguiente: «Los “ungidos del Señor” de hoy y los de mañana habrán convivido con unos obreros que ni les piden limosna, ni recomendaciones, ni que les saquen las castañas del fuego, ni siquiera justicia para ellos mismos. Lo único que piden es lanzarse sacrificadamente, con plena responsabilidad, con plena dignidad de hijos de Dios, a la implantación de toda justicia en la sociedad, para que esta pueda recibir el mensaje de Cristo. Para ello necesitan recibir de los sacerdotes lo que únicamente los sacerdotes pueden dar: el sostén espiritual indispensable para que la Gracia santificante permanezca en ellos y puedan mantenerse en todo momento en las vanguardias del ejército pacífico del Papa».

El presbítero secular, según Rovirosa, no está llamado a vivir solo ni tampoco en comunidad de

presbíteros, sino en fraternidad con seglares; por tanto, la fraternidad presbiteral, esencial en todo ministro ordenado por razón del sacramento del Orden, significa vivir apostólicamente en comunión real con los seglares para llevar, sacramentalmente, sus problemas al corazón de la Iglesia y del presbiterio; por eso, Rovirosa les decía a los curas: «cuando estáis todos juntos, estáis siempre en *petit comité*; estáis solos por muchos que seáis. Aquí, con los militantes, no estáis solos, estáis en vuestro elemento». Igualmente significativa es esta aseveración suya: «Me dicen con frecuencia que hay escasez de sacerdotes y no seré yo quien lo niegue; pero, me parece que lo que más escasea son sacerdotes unidos a seglares, formando un solo corazón y una sola alma, verdaderas células de Iglesia».

Partiendo de la primacía de la vocación bautismal, Rovirosa será un apóstol incansable del matrimonio como verdadera llamada divina; por eso, se queja de que la inmensa mayoría de los que se casan no lo hacen conscientes de su vocación bautismal concretada en los desposorios cristianos, sino por inercia histórica, es decir, por borreguismo, que es todo lo contrario de ser ovejas del Buen Pastor.

Rovirosa señala tres etapas en la vida del cristiano desde el punto de vista vocacional:

1. Desde el bautismo hasta los trece años (aproximadamente) hay que centrarse en el cultivo de la «etapa del Mandamiento Nuevo», esto es, en la vocación bautismal. Lo cual no significa que luego se olvide, ya que siempre será la base.
2. En la adolescencia hay que descubrir el estado y la profesión en los que debemos cultivar nuestra llamada bautismal. Para vivir esto en plenitud, comienza entonces una etapa de preparación específica e intensa en la que los jóvenes deben ser ayudados por los padres, por sacerdotes y por laicos con experiencia. Rovirosa no se refiere sólo a los seminaristas y novicios, sino que los llamados al matrimonio también tienen que realizar este largo «noviciado».
3. Esta segunda etapa concluirá con su consagración solemne y pública, comenzando entonces lo que nuestro autor llama «etapa de la Iglesia».

5. **Capacidades evidentes**

Fiel a su espiritualidad de encarnación y a su concepción de la persona como vocación, Rovirosa



La vocación, en palabras de Roviroso, es la posibilidad más importante de cumplir el mandamiento «Sed perfectos», que se nos regala al nacer y especialmente en el Bautismo. Imagen: bautismo en Mujabaina de Aragua, Delta Amacuro, Venezuela, 2022. Fotografía archivo personal vía Misioneros de La Consolata.

entiende que la diferenciación sexual es un signo de una llamada específica. El plan de Dios se manifiesta en todas las dimensiones naturales de la persona, y una de las más importantes es la propia sexualidad, que es dual y complementaria. Roviroso dirá que «se trata de hacer *actual* todo lo que está *latente*».

De esta forma se superan los planteamientos identitarios, que ponen la base de los derechos de la persona en las diferencias de género; esto, dirá Roviroso, es un reduccionismo antropológico.

Si queremos realizar nuestras capacidades evidentes, es necesario poner por delante los deberes que nos atañen a todos por igual, ya que en ellos descubrimos el plan de Dios; después vendrán los derechos. No hacerlo es una violación de la dimensión evidente, tanto del varón como de la mujer. Los dos deben «mirar simplemente el horizonte desde un nuevo punto de vista», partiendo de la absoluta igualdad compartida y basada en la dignidad humana, en tanto en cuanto que los dos son redimidos e hijos de Dios y llamados igualmente a la santidad; los dos son solidariamente responsables

de la marcha de la sociedad, incluyendo la gestión del poder político.

Hay que empeñarse, por consiguiente, no en fomentar las diferencias, tantas veces coyunturales o convencionales, sino en que cada uno sea lo que es, con la mayor fidelidad posible. Las semejanzas y las desemejanzas serán algo natural y espontáneo, fruto de su *crecimiento* ordenado y armónico, dentro del plan de Dios. De este cultivo de lo común, a la vez que de lo naturalmente diferente, nacerán la complementariedad y la sociabilidad: «Y he aquí que Dios ha querido enseñarnos esta lección de *complementariedad entre diferentes* con la demostración práctica constante de que lo más diferente entre seres humanos puede juntarse hasta formar *uno solo y su signo es la fecundidad*».

6. Capacidades profesionales

Ya desde los primeros materiales formativos que prepara para la incipiente HOAC, Roviroso pone mucho empeño en el cultivo de las capacidades profesionales de los militantes cristianos; en el primer Círculo de Estudio escrito por él termina diciendo:



«Los padres...deben proporcionarles «bienes» materiales, sobrenaturales y de cultura: este derecho es previo a los tan divulgados de libertad, igualdad y fraternidad.». Imagen: *San Giuseppe artigiano - San José artesano* (1964), obra de Pietro Annigoni (1910-1988), Basilica de San Lorenzo (Florencia).

«Hacer el resumen de todo lo que se hace y de lo que se podría hacer en orden a revolucionar el sentido profesional...», pues de que se siga o no se siga la verdadera orientación profesional, depende en gran medida el buen desarrollo de la vida personal y social.

El aprecio por lo profesional también nace en Rovirosa de razones religiosas: la profesión, junto con la familia, centran el vivir del hombre, por lo que en su éxito o fracaso no sólo nos estamos jugando la vida temporal, sino también la eterna. Si se cultiva la vida profesional no sólo sale beneficiada la propia persona, sino toda la sociedad; de lo contrario, hay que mantener cárceles, manicomios y burdeles, además de la beneficencia, la burocracia y la represión, sentencia Rovirosa. Los que hacen avanzar el mundo no son los que se mueven por el afán de lucro, como sostiene el capitalismo, sino la gente vocacionada, que realiza aquello por lo que siente gozo y satisfacción de espíritu. Por el con-

trario, cuando se impide el cultivo de la propia capacidad profesional, se condena a la persona a trabajos forzados.

La realidad profesional es la más frágil de todas las llamadas que constituyen al ser humano, ya que la mayoría de las veces la deciden los que sobre el niño tienen autoridad y con criterios externos al cultivo de su promoción.

Nuestro autor habla de una nueva forma de amor, que es el «amor vocacional»: consiste en el amor que todos tenemos por nuestro trabajo predilecto; así se forman los técnicos, los artistas y los obreros que embellecen la vida social, porque cada uno embellece su propia vida con un trabajo gustoso. Pero cuando nos vemos obligados a trabajar en una ocupación que no coincide con la «vocación profesional», algo se amarga y se rebela en nuestra alma, algo protesta y se agita de tal forma que puede torcer toda una existencia, y puede convertir en odio el tesoro de amor que Dios nos infundió al nacer. Y si el amor innato se transforma en odio, ¿qué límites lo detendrán?

La cultura materialista vigente y el sistema socioeconómico predominante en el mundo han envilecido todas las profesiones, menos una: la de rico, afirma Rovirosa. Frente a esto, hay que inculcar en los aprendices intenso amor a lo profesional y profundo desprecio y asco a las fortunas amasadas con sangre y lágrimas de los pobres. Desarrollar la propia profesión permite rezar con las manos, ya que es un ministerio sagrado, decía nuestro autor.

Rovirosa defiende la existencia del derecho de propiedad profesional, al que están obligados los padres para con sus hijos, al igual que deben proporcionarles «bienes» materiales, sobrenaturales y de cultura: este derecho es previo a los tan divulgados de libertad, igualdad y fraternidad.

Para Rovirosa no es lo mismo el «trabajo» en abstracto que la profesión; por eso, los que no trabajan, los enriquecidos y los que explotan, invitan al «amor al trabajo»; pero éste, en abstracto, es un castigo. Otra cosa es la profesión: ésta es un complemento para que quede bien definida la personalidad de un hombre; de ahí que no considerase a los obreros como hijos del trabajo, sino como hijos de la profesión. ●

La crisis vocacional actual

Fray Melesio Barquero

Con la escasez de vocaciones al sacerdocio ministerial, la constante carencia de matrimonios celebrados por la Iglesia, junto con la disminución a la vida de especial consagración, se puede comprobar cómo hoy existe una crisis vocacional en la Iglesia, la cual afecta especialmente a los países enriquecidos y en menor medida a los países empobrecidos del tercer mundo. ¿Cuáles son las causas que están generando esta crisis? ¿Cómo dar una respuesta adecuada a esta situación? A estos interrogantes busca responder el autor.

Todos los cristianos han recibido de Dios la vocación en cuanto llamado fundamental: «ven y sígueme» (Mt 19, 21). Se trata de un don y una tarea; el Señor que precede a la acción humana entregándose y la respuesta de fe del hombre al llamado. Dicho llamado es informativo y performativo, porque anuncia una buena nueva en Aquél que es la Palabra hecha carne (el Hijo de Dios) y comporta un cambio de vida profundo que relativiza y reorganiza las prioridades y opciones de vida, así como la forma de existir en la Iglesia y en el mundo. De esta experiencia estructurada y estructurante el hombre descubre que su vida posee un llamado fundamental.

En definitiva, la persona se descubre con un proyecto que le antecede y se pone de manifiesto ante ella, al tiempo que le compromete a dar respuesta, rechazándolo o aceptándolo. Si lo rechaza ocurre una frustración antropológica, porque no desarrolla todas las potencialidades que posee; sin embargo, al acogerlo y seguirlo, se desencadena una estructuración existencial tanto en la identidad primera (hombre o mujer) como en la forma de estar en el mundo y la Iglesia (laico, especial consagración o sacerdocio ministerial), junto con el desarrollo de los dones que Dios ha puesto en la persona para el servicio de los hermanos (vocación profesional), así como por la lucha contra toda aquello que atente contra la dignidad humana (vocación a la justicia/santidad). Esta experiencia primera es la que está en crisis hoy y de la que intentamos dar cuenta, exponiendo tanto un ver de la realidad, como descubriendo sus causas y una respuesta adecuada a las mismas.

Situación cuantitativa de las vocaciones en la Iglesia universal

Según los últimos datos del Anuario Pontificio 2023 y el *Annuario Statisticum Ecclesiae 2021*, los cuales ofrecen datos sobre la vida de la Iglesia Católica

en el mundo y las principales dinámicas que caracterizan la acción pastoral de la Iglesia en las 3.030 circunscripciones eclesiales alrededor del mundo, la población mundial estaba formada a día 31 de diciembre de 2021 por 7.785 mil millones de personas, de las cuales 1.375 millones son católicos. El porcentaje mundial

de católicos ha disminuido levemente (-0,06 %) con respecto al año precedente deteniéndose en el 17,67%. Los continentes registran pequeñas variaciones.

Con motivo de la 97.ª Jornada Mundial de las Misiones, celebrada el 22 de octubre de 2023 la Agencia Fides, que es la agencia de información de la Obras Misionales Pontificia, ha ofrecido un cuadro panorámico de la situación de la Iglesia por continentes: allí da cuenta de un aumento total de 16.240.000 católicos respecto al año anterior. El aumento interesa a todos los continentes, a excepción de Europa (-244.000). Como en el pasado, el aumento es mayor en África (+8.312.000) y en América (+6.629.000), seguidas por Asia (+1.488.000) y Oceanía (+55.000).

Con respecto a este panorama general se constata que el número de sacerdotes en el mundo ha disminuido (-2.347), siendo una disminución considerable en Europa (-3.632) a la que se suma América (-963). Por otra parte, han aumentado en África (+1.518), Asia (+719) y Oceanía (+11). A esto hay que agregarle la disminución global de seminaristas, con un aumento solo en África.

Los religiosos no sacerdotes han disminuido en 795 unidades, deteniéndose en 49.774. Las disminuciones se registran en América (-311), en Europa (-599) y en Oceanía (-115). Aumentan en África (+205) y en Asia (+25). Existe una disminución global de religiosas en el mundo, actualmente son en total 608.958. Los aumentos se registran de nuevo en África (+2.275) y en Asia (+366), y las disminuciones en Europa (-7.804), América (-5.185) y Oceanía (-240).

Por último, a esto hay que añadir la creciente tendencia a la escasa celebración de matrimonios por la Iglesia que se experimenta a nivel global.

Hemos colocado esta abrumadora cantidad de datos para corroborar cómo hoy existe una auténtica crisis de vocaciones cristianas especialmente en los países enriquecidos del primer mundo.

Causas de la crisis vocacional

1. Crisis de fe.— realmente la crisis que atraviesan las vocaciones hoy en la Iglesia no es una cuestión cuantitativa, sino radicalmente cualitativa. Se trata de increencia: tal es el análisis que hacía el Papa Benedicto XVI: «en amplias zonas de la tierra la fe corre el peligro de apagarse como una llama que ya no encuentra alimento. Estamos ante una profunda crisis de fe, una pérdida del sentido religioso que es el mayor desafío para la Iglesia de hoy» (Audiencia a los participantes en la plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 27-1-2012).

Una cultura que en su amplia mayoría está secularizada, donde el substrato cristiano ha desaparecido y ha sido reemplazado por «la dictadura del relativismo», estructurado desde las ideologías (género, feminismo, animalismo, ecologismo, etc.). Las civilizaciones están en un proceso de retroceso hacia el paganismo del cual las sacó la fe cristiana. La Iglesia no es inmune a ello, el Papa Francisco recuerda constantemente que asistimos a «un cambio de época», se podría decir que atravesamos la *bisagra* de la historia, que conecta un siglo con el otro, se trata de tiempos de fuertes cambios a los cuales la Iglesia tiene que entrar de lleno. ¿Cómo promover las vocaciones donde no hay fe?

Hoy por ejemplo es tendencialmente característico que la catequesis, la cual siempre fue una iniciación en la fe de los neófitos, tenga una profunda acentuación del subjetivismo afectivo, una especie de soliloquio como pauta de conducta; junto con una acentuación del Jesús histórico separándolo del Cristo de la Fe, cayendo así en viejas herejías que separaban al hombre del Hijo. Así, Jesucristo resulta ser una figura manipulable a lo que cada quien quiera creer o una buena persona que no aporta nada nuevo al hombre. La consecuencia de ello es una no iniciación en la fe y por lo tanto una pérdida de tiempo con un terrible daño, porque no se anuncia la riqueza de la fe cristiana.

2. Una antropología incorrecta.— El filósofo francés Rémi Brague afirmaba en una entrevista que «cada vez hablamos más de la dignidad del hombre, y somos menos capaces de decir a qué se debe esa dignidad». Hoy se promociona una concepción del hombre profundamente materialista, subjetivista, ideologizada que desemboca en una deconstrucción y autoconstrucción en rechazo frontal a lo sobrenatural. Por lo tanto, la influencia que esto está teniendo para la Iglesia es lo que Francisco llama «mundanidad espiritual», la cual «es una hermenéutica de vida, es un modo de vivir; es también una forma de vivir el cristianismo. Y para sobrevivir ante la predicación del Evangelio, odia y mata». Todos estos elementos llevan a plantear a un hombre sin vocación, sin llamado y sin respuesta; así, no se puede descubrir que «la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios» (*Gaudium et Spes* 19) y que en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et Spes* 22).

Una antropología que no plantea que la persona posee un intrínseco llamado para vivir su identidad de hombre o mujer, a profundizar en su forma de estar como miembro de la Iglesia, que descubra que posee una serie de cualidades para el bien común y que está llamado a vivir la solidaridad anunciando la justicia y denunciando todo mal es sencillamente una antro-



«...una liturgia que, colocando el centro en Dios, pueda adorar a su Señor y responderle constantemente “habla Señor que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9)». Hermanas de las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa en oración ante el Santísimo en la capilla de la Casa Madre, Calcuta, India, el 27 de enero de 2009. Fotografía: 48505149 © Zatlatic | Dreamstime.com

pología que busca destruir al hombre.

3. Del anuncio a la tolerancia.— la evangelización es constitutiva de la Iglesia. Así lo ha recordado el Concilio Vaticano II hablando de la participación de los laicos en la misión de la Iglesia: «la Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo [...] porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado [...] el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo» (*Apostolicam Actuositatem*, 2).

La tolerancia mal entendida, como un pactar con el mundo o un «respeto» a lo que piensa y creen los demás, ha propiciado que el impulso evangelizador vaya cediendo al acomodo de este mundo. Así, se cae en una especie de diplomacia religiosa en la que lo único que importa es el amiguismo y no la preocupación constante por la salvación de las almas, olvidando que la Iglesia es «sacramento universal de salvación» (*Lumen Gentium*, 11).

4. La destrucción de la familia.— Ya en los años 80 San Juan Pablo II hacía una seria advertencia a la Iglesia para el presente siglo: «el futuro del mundo y de la Iglesia pasa a través de la familia» (*Familiaris consortio*, 75). La familia es hoy la institución solidaria más atacada, mediante el bombardeo constante de ideologías que pervierten la identidad del hombre y de la mujer, una promoción de los noviazgos de la cintura para abajo, el planteamiento de uniones que exigen ser llamadas matrimonios sin serlo, legislaciones ilegítimas que promueven el aborto, la eutanasia y el cambio de genitales para un falso cambio de sexo, el desempleo, etc.; todo ello, junto a una mentalidad divorcista. Todo ello, está conllevando a una triple ruptura, según nos advierten los obispos españoles: «la ruptura amor-sexo-matrimonio, fruto de la negación de toda trascendencia; la ruptura con la verdad de la corporalidad mediante la imposición de la ideología de género, fruto del relativismo; y la ruptura de la procreación con el sexo y la familia, como consecuencia de una actitud que no valora la vida humana en toda su dignidad» (Documento *El Dios fiel mantiene su alianza* (DT. 7, 9), n.º 58).

La familia, según nos enseña la historia, siempre ha sido la escuela de la solidaridad, donde las personas

descubren su vocación en la interacción con el patrimonio moral, cultural y espiritual de la «Iglesia doméstica», en ella se aprende a ser persona y se concientiza acerca de su papel en cuanto célula fundamental de la sociedad. Ante los ataques constantes que sufre la familia ¿cómo alguien puede descubrir su vocación?

5. Mucha pastoral, poca teología.— Una trampa que ha promocionado el posmodernismo es la primacía del hacer sobre el ser. Se trata de un activismo desenfrenado que entretiene pero que no propicia el anuncio, la conversión, una espiritualidad, la santidad, una mística y en definitiva la salvación. Basta con ver la multiplicidad de planes pastorales estructurados con visión empresarial. En realidad, en la vida cristiana y en la consecuente vocación, la primacía le corresponde al «ser» y el quehacer es fruto de lo que somos. Por ello, los testigos resultan ser luminarias porque anuncian con su vida la novedad del Resucitado.

No negamos la pastoral, lo que afirmamos es que ella es medio, nunca un fin. Por ello, debe estar fundamentada en una correcta teología que le imprima los elementos necesarios para que su actuar en el mundo sea contundentemente cristiano: «la dimensión teológica —afirma S. Juan Pablo II— se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana. Lo cual es válido —hay que subrayarlo— tanto para la solución «atea», que priva al hombre de una parte esencial, la espiritual, como para las soluciones permisivas o consumísticas, las cuales con diversos pretextos tratan de convencerlo de su independencia de toda ley y de Dios mismo, encerrándolo en un egoísmo que termina por perjudicarlo a él y a los demás» (*Centesimus annus*, 55). Este entrenamiento pastoral, no permite a los cristianos responder a ninguna vocación porque sencillamente no se plantea.

6. Una espiritualidad sin misterio.— La forma en que los cristianos viven la relación con el Misterio de Dios hoy, es otra condicionante para un descubrimiento y respuesta a la vocación. Actualmente hay una constante en los movimientos espirituales: la *protestización* de la fe cristiana, donde únicamente cuenta el subjetivismo, las emociones y la desencarnación; cuestión que se pone de manifiesto en un odio y rechazo visceral a todo lo que sea la Tradición, la Ortodoxia o el Magisterio. Así, ocurre un predominio de conciertos musicales que excitan y manipulan las emociones, retiros de fines de semana intensos que desembocan en conversiones instantáneas que luego no encuentran cómo sostenerse en el tiempo, una re-



Imagen: diáconos postrados ante el altar mientras se rezan las letanías durante su ordenación presbiteral, fotografía vía Catholicic.

lativización de los sacramentos, de la vida penitencial y de oración.

En esta forma de vivir la fe resulta que la Encarnación, la Redención y la santificación no existen porque el patrón de conducta es el hombre mismo; ante ello valdría la pena preguntarse si con estos presupuestos ¿se adora a Dios o el hombre se ha convertido en su propio dios? Cuando no hay relación auténtica con el Misterio de Dios, que ha se revelado en el Hijo y llama desde el Espíritu Santo, la fe se convierte en un cristianismo nominal pero no. Esta era la denuncia que hacía para toda la Iglesia el Papa Benedicto XVI en Brasil: «no resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad [...] A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». (Documento de Aparecida, 12).

7. El antropocentrismo litúrgico.— La liturgia constituye el culto público que la Iglesia tributa a su Señor, porque «la Liturgia es la cumbre a la cual tiende

la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (*Sacrosanctum Concilium*, 10) y dentro de ella la Eucaristía es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen Gentium*, 11). Cuando se olvida que en la liturgia la prioridad es Dios y hacia Él tiende todo el culto divino, ocurre lo que se ve frecuentemente: un irrespeto a la liturgia, una dramatización o un espectáculo que busca entretener al personal. Esto en lógica con las seis causas que hemos desarrollado convierte todo acto litúrgico en evento social y motivacional, donde se despoja del centro a Dios y se coloca al hombre. Esto constituye otra negación de la dimensión sobrenatural que posee toda persona y que obstaculiza la experiencia del llamado de Dios y el conocimiento por parte del hombre de su vocación.

8. La manipulación del lenguaje.— fruto de la dictadura del relativismo que se vive hoy, también ello afecta al lenguaje que usamos. Hoy escasean las palabras «creyente», «converso», «santo» para hablar de las aspiraciones humanas. En cambio, este lenguaje ha sido sustituido por «el que sigue sus ideas», «el que no hace daño», «buena persona» o «el respetuoso». Toda una manifestación del voluntarismo que lleva a hablar de empoderamiento, meritocracia, etc. No se habla de pecados, sino de errores o fallos. El lenguaje es expresión de lo que pensamos y amamos, cuando dicho lenguaje está manipulado y cerrado a Dios, se le impide al hombre conocer su vocación.

9. Reformas deformativas.— La Iglesia, a lo largo de su historia milenaria siempre ha experimentado reformas para poder responder a su identidad y



Ungiendo a los jóvenes tras su bautismo por inmersión, Chad, 2023.
Fotografía: Misioneros del Verbo Divino (SVD).

misión en la medida que avanzaba el tiempo; piense por ejemplo en las reformas obradas por el Papa San Gregorio VII en la teología, la música sacra (el gregoriano), la vida del clero, la unificación litúrgica, etc. o el Cardenal Cisneros en España en el ámbito de lo moral, teológico y religioso. En tiempos más cercanos a los nuestros, el famoso teólogo Y. Congar en su clásica obra *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, establecía cuatro condiciones para una correcta reforma de la Iglesia: la primacía de la caridad (Dios) y la pastoral; permanecer en la comunión del todo; la paciencia, evitar los apresuramientos; retorno al principio y a la tradición. El drama que hoy se vive es que pareciera que las últimas reformas apuntan a lo «formal» y no a lo «esencial». Cuando las reformas no buscan la fidelidad en la continuidad deforman a la Iglesia y a sus miembros, condenándolos a no responder a su vocación específica.

10. los novísimos hoy son los olvidadísimos.— Cielo, Purgatorio e Infierno. Esta tríada resulta prácticamente inexistente tanto en predicaciones, manuales de teología, espiritualidades, documentos eclesiales, planes pastorales o grupos de apostolado. La escasa conciencia que se tiene por lo escatológico resulta alarmante; hoy da la impresión de que somos un gran muro de contención evitando que todo explote, y ello, puede tener la consecuencia contraria: la

implosión. El evitar anunciar estos temas está llevando a una vivencia de la fe solo desde la horizontalidad, huyendo de la verticalidad divina; por ello, la cruz es muy pedagógica porque une lo horizontal (humano) con lo vertical (divino) y en el medio Aquél que es hombre y Dios verdadero, Jesucristo el Señor. Ante el olvido de los novísimos ocurre la desgracia de no aspirar la santidad, de la escasa conciencia de pecado que tiene su contraparte en la escasa conciencia del perdón de Dios, de la salvación automática sin participación humana, de la irresponsabilidad con los pecados personales y en el fondo una manera solapada de negar la existencia del demonio y el infierno. ¿Qué vocaciones pueden salir de la increencia en el fin último? Con razón decía León Bloy: «solo existe una tristeza, no ser santo».

El resultado de todas estas causas ha sido el «falso cristianismo», que pretende colocar a Dios de rodillas frente al hombre y no al revés, al hombre de rodillas ante su

Señor.

Respuesta a la crisis vocacional

Una nota característica de la fe cristiana es su dimensión paradójica que atenta contra la lógica de este mundo: para ser grande hay que hacerse pequeño, para ser el primero hay que hacerse el último, para ganar la vida hay que perderla, para ser rico hay que ser pobre, etc. Esto lo explicó muy bien San Pablo: «porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros anunciamos a Cristo crucificado, que para los judíos es una piedra en que tropiezan y para los paganos es cosa de locos. Pero para los que Dios ha elegido, sean judíos o griegos, ese Cristo es poder y sabiduría de Dios, pues lo que en Dios parece absurdo es mucho más sabio que lo humano, y lo que en Dios parece débil es más fuerte que lo humano» (1Cor 1, 22-25). Por ello, la crisis vocacional que atraviesa la Iglesia, especialmente en los países enriquecidos, puede ser una extraordinaria oportunidad para la Iglesia, renovándose en la fidelidad en su identidad y misión. Aportamos algunas claves:

a) Iniciación cristiana: un auténtico discipulado que posibilite el crecimiento en la fe en la Trinidad y un sano discernimiento del llamado que Dios hace a cada uno. Lo principal es que tengan fe.

Historia

¿Es el cristianismo una religión de pobres?

Marta Lobatón

Este artículo es un breve diálogo con el libro del historiador Tom Holland «Dominio: Una nueva historia del cristianismo» (2020), donde se afirma que el cristianismo contiene un elemento muy original desde sus inicios: la atracción permanente de los más pobres por esta fe porque se identifican con el Crucificado, en el que ven el cumplimiento de sus aspiraciones de libertad y dignidad.

Lo que dicen sus textos sagrados

El propio fundador, Jesucristo, al iniciar su misión pública, escoge un texto del profeta Isaías como carta de presentación: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.» Y concluye: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (Lc 4, 18-21).

Sus apóstoles y la práctica habitual de la Iglesia naciente corroboran que los más pobres son los principales destinatarios del mensaje cristiano. Así, en una de sus cartas más conocidas, san Pablo se dirige a la comunidad con estas palabras: «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios, más bien, lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De Él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la Escritura: “el que se gloríe, gloríese en el Señor”» (1 Cor 1, 26-31). Y en la carta de Santiago leemos: «Escuchad, hermanos míos queridos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?» (Santiago 2, 5).

A partir de una lectura complexiva de la Biblia, podemos concluir que —efectivamente— Dios elige desde la Creación a los más pobres como los protagonistas de su plan de salvación, lo cual no quiere decir que los ricos no estén llamados a participar del mismo; de hecho, algunos de los seguidores de Cristo y del primitivo cristianismo eran personas con muchos recursos, pero el Señor y la Iglesia les llaman a hacerse pobres, a convertirse a la pobreza evangélica.



La esperanza de los empobrecidos

Según Holland, en su ya mencionado libro «Dominio», la atracción de los pobres por el cristianismo tiene que ver con el relato de que Dios todopoderoso se hiciera débil entre los débiles, para luego elevarse en todo su poder. Eso demostró a los pobres que ellos también podían lograr un propósito elevado.

Hay un texto que recoge como pocos esta esperanza de los últimos: se trata de Filipenses 2, 6-11: “Cristo, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de esclavo, y se hizo semejante a los hombres. Y se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz. Por eso, Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre...”.

¿Por qué la Cruz tiene un papel tan importante?

La Cruz, según Holland, fue uno de los primeros problemas teológicos a los que se enfrentaron los cristianos: fundamentar por qué el Mesías había muerto víctima del método de ejecución más salvaje y humillante, tradicionalmente reservado a los esclavos. Era algo muy difícil de asimilar en aquella cultura, pues mostraba la vulnerabilidad de Dios y la debilidad del credo cristiano. Sin embargo, con el tiempo, la Cruz se convirtió, en palabras de Holland, en «el símbolo máximo de los débiles contra los fuertes y una de las razones por las que el mensaje del cristianismo tiene tanta potencia».

Por tanto, los primeros cristianos no sólo resolvieron el dilema, sino que consiguieron convertir esa supuesta derrota en su principal triunfo. Lograron que sólo 300 años después de la crucifixión de Cristo, hasta el emperador de Roma (Constantino) se arrodillara ante la Cruz. Una palabra –*crux*– que hasta entonces causaba asco a cualquier habitante del Imperio romano por lo que representaba este método.

Sobre el origen de este suplicio, las investigaciones más fiables afirman que fue el rey macedonio Alejandro Magno (siglo IV a.C.) el que importó de Asiria –donde existía desde dos siglos antes– esa práctica. Pero fueron los romanos los que más usaron este castigo cruel, aunque nunca lo reconocían en sus textos. En la antigua Roma, la crucifixión tenía una clara intencionalidad sociopolítica: era el aviso que daban las élites de que no iban a permitir que los esclavos destruyeran su sistema, que se sustentaba precisamente en la servidumbre de gran parte de la población.

Los romanos no podían aplicar este castigo a sus ciudadanos; estos eran decapitados o se les seccionaba la médula

desde el cuello con una espada. Además, las crucifixiones en Roma se hacían en territorios extramuros donde el olor de los cadáveres no resultara próximo. Los cuerpos de los crucificados permanecían en sus cruces durante días; luego eran arrojados en fosas comunes a las que eran llevados, al menos en Italia, por enterradores vestidos de rojo que hacían sonar campanillas y arrastraban los restos con ganchos.

El historiador y gobernador Tácito (56-120 d.C.), testigo excepcional de este periodo, nos dejó una de las pocas explicaciones del objetivo que tenían los romanos para practicar la crucifixión: «Una vez que tenemos en nuestra servidumbre a naciones enteras con sus cultos diversos, con sus religiones extrañas o sin religión alguna, a esa canalla no se la puede dominar sino por el miedo». Es decir, la crucifixión tenía una profunda carga propagandística y política. Era un mensaje crudo para quienes desafiaban el orden establecido. Por tanto, Cristo fue percibido como un peligro para el poder imperial.

En este sentido, es muy aleccionador el ejemplo de Espartaco († c. 71 a. C.), que fue un gladiador esclavo que dirigió una rebelión contra la República romana en suelo itálico, entre los años 73 y 71 a. C., conocida con el nombre de tercera guerra servil. A Espartaco y a sus compañeros se les unieron esclavos fugitivos de todas partes, conformándose un ejército que llegó a ser, aproximadamente, de ciento veinte mil personas. Era un ejército mixto, formado por hombres, mujeres y niños que, sorprendentemente, superó en varias ocasiones al entrenado ejército romano, las cualificadas legiones. Tras numerosas victorias, y a punto de obtener la libertad cruzando los Alpes, regresaron para sitiar Roma, donde fueron derrotados en el año 71 a. C. Las autoridades romanas castigaron a los 6.000 prisioneros a ser crucificados uno al lado de otro en toda la Vía Apia, desde Roma a Capua. El espectáculo fue sobrecogedor: 25 kilómetros de cuerpos retorciéndose por el dolor más cruel y, después, de cadáveres que eran comidos por las aves carroñeras.

Ahora podemos entender mejor lo que experimentaban los pobres, los parias, los marginados, los esclavos... cuando veían a uno de los suyos crucificado, pero –al mismo tiempo– aclamado como Kyrios, Señor, que era el título supremo que se podía dar a alguien. Ante la Cruz, no hacían falta discursos ni explicaciones: no podía haber un mensaje más esperanzador y revolucionario. Aquel judío marginal, castigado por ser considerado un peligro religioso y político, había vencido a todos los poderes de este mundo, incluidos los que le habían torturado y asesinado, y estaba vivo presidiendo la Eucaristía (Comunión-Solidaridad) de los pobres.

El cristianismo es, efectivamente, no solo una religión de pobres, sino la religión de los pobres. ●

Haced lo que él os diga

Grupo Evangélicos y Católicos Juntos

En 1994, se constituyó en los EE. UU. un grupo interconfesional de estudio denominado «Evangélicos y Católicos Juntos» (CAT, por sus siglas en inglés), formado por teólogos evangélicos y católicos, actuando todos ellos a título personal, para analizar las divergencias y convergencias doctrinales entre ambas confesiones sobre puntos diversos, muy conscientes de que «la única unidad agradable a Dios es la unidad en la verdad». De su documento de 2009 «“Haced lo que Él os diga”: La Santísima Virgen María en la fe y la vida cristianas» ofrecemos este resumen.

Excesos históricos

Desde el siglo XVI, el tema de la Santísima Virgen María ha sido un punto de divergencia grave e incluso de conflicto, entre el protestantismo evangélico y el catolicismo. Aunque figuras como Martín Lutero, Juan Calvino y Ulrico Zwinglio mostraron una especial reverencia por María, esta dimensión de su enseñanza y piedad fue en gran parte abandonada por sus seguidores en el curso de la creciente animosidad entre protestantes y católicos. También del lado católico, la determinación de trazar una línea clara contra el protestantismo llevó a veces a exageraciones y distorsiones en la devoción mariana. Exhortaba el Concilio Vaticano II: «a los teólogos y predicadores de la Palabra divina a que, al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios, se abstengan celosamente tanto de toda exageración grosera como de toda mezquina estrechez de miras. Siguiendo el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de los doctores y de la liturgia de la Iglesia, y bajo la guía del magisterio de la Iglesia, ilustren rectamente los deberes y privilegios de la Santísima Virgen que miran siempre a Cristo, fuente de toda verdad, santidad y piedad. Manténganse asiduamente alejados de todo lo que, de palabra o de obra, pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualquier otro respecto a la verdadera doctrina de la Iglesia» (*Lumen Gentium* 67).

Acuerdos entre católicos y evangélicos

1. María llena de gracia.

En el anuncio del próximo nacimiento del Salvador, el ángel dice a María, antes de que conciba, que está «llena de gracia». Puesto que la gracia es siempre un don, que ella esté llena de gracia es un don de Dios y no un logro suyo. En su canto llamado el *Magnificat*,

María dice que «me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí». En palabras del Concilio Vaticano II, «Ninguna criatura podrá jamás ser considerada igual al Verbo Encarnado y Redentor [. . .] La Iglesia no duda en profesar el papel subordinado de María» (LG 62). Todo lo que se dice de María está siempre y en todo momento al servicio de lo que debe decirse de Cristo.

2. María, Virgen

Desde los tiempos de los apóstoles, los cristianos fieles han entendido a María como la madre virgen de Jesús. En la era apostólica y entre los cristianos de todos los tiempos, se entiende claramente que la doctrina de la concepción virginal de Jesús se basa en el testimonio apostólico y está íntimamente relacionada con la creencia de que Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios e hijo de María, es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. En tiempos más recientes, el nacimiento virginal se convirtió en un punto de divergencia decisivo entre los protestantes evangélicos y otros protestantes.

3. María, Madre de Dios

Estamos de acuerdo en que es apropiado, e incluso necesario, llamar a María *Theotokos*, en griego, «la que dio a luz a Aquel que es Dios», título basado en el claro testimonio de la Escritura y enfatizado en la Iglesia primitiva para contrarrestar la herejía de Nestorio, que dividía las naturalezas humana y divina de Cristo.

Porque Jesús es a la vez verdadero hombre y verdadero Dios, y porque su naturaleza humana y su naturaleza divina son inseparables, es justo llamar a María, que es la madre de Jesús, la Madre de Dios o la Portadora de Dios. Con este lenguaje se pretende en primer lugar exaltar a Jesucristo y sólo después honrar a María. En efecto, en el *Magnificat*, María no se glorifica a sí misma, sino sólo a Dios.

Nos la imaginamos amamantándole a su pecho, enseñándole sus primeras palabras, besando sus mo-

retones cuando caía, introduciéndole en la comprensión israelita de los caminos del Señor: la madre que le ayudó a memorizar los salmos y a rezar sus oraciones, mientras crecía en sabiduría y estatura y en gracia ante Dios y los hombres (Lc 2, 52). Cuando, mucho más tarde, María aparece rezando con los apóstoles (Hch 1,14), podemos imaginar que María rezaba a su hijo con las palabras que ella le había enseñado a rezar. La contemplación de la maternidad de María refuerza poderosamente –contra toda forma de gnosticismo o docetismo, antiguo o moderno– nuestra comprensión de la plena humanidad de Jesús el Cristo. En la plenitud de los tiempos nació de una mujer de la que recibió todo lo que pertenece a su naturaleza humana.

4. María, sierva y discípula del Señor

María es siempre y en todo momento una criatura entre las criaturas, aunque con particularidades muy especiales (Inmaculada-Madre del Hijo de Dios- siempre virgen), y no menos necesitada de redención que cualquier otro ser humano (Asunción), con la única excepción de Jesús. María está siempre en el papel de subordinada y sierva. Como dijo al ángel: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Su mensaje, dirigido por primera vez a los sirvientes en las bodas de Caná, y también a nosotros, es sencillamente éste: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5).

María participa en el sufrimiento de su hijo, como están llamados a hacer todos los cristianos (Flp 3,10); está al pie de la cruz al final del ministerio terrenal de Cristo. Cuando los demás discípulos huyeron despavoridos, María permaneció allí. Cuando, desde la cruz, el Señor moribundo dijo a Juan que viera en María a su madre y a María que viera en Juan a su hijo, podemos entender que, simbólicamente hablando, Juan representa a todos los discípulos de todos los tiempos que amarán y honrarán a María como la bendita madre de su hermano y de su Señor. El Nuevo Testamento la describe también reunida con los discípulos el día de Pentecostés.

El lugar de María en el plan de salvación no es de pasividad, sino de fe y amor valientes. Católicos y evangélicos pueden estar de acuerdo con el Papa Juan Pablo II, que escribió en su encíclica de 1987 *Redemptoris Mater*: «Dios, en el sublime acontecimiento de la Encarnación de su Hijo, se confió al ministerio, al ministerio libre y activo de una mujer» (nº 46).

Una palabra católica a los evangélicos

I. Aeiparthenos: la Siempre Virgen

La liturgia antigua celebra a María como *Aeiparthe-*

nos, la «Siempre Virgen». La Iglesia católica dice con san Agustín: «María permaneció virgen al concebir a su Hijo, virgen al darlo a luz, virgen al llevarlo, virgen al amamantarlo en su seno, siempre virgen» (*De la santa virginidad* 3.3).

Desde el punto de vista patrístico, la declaración de María de que no tiene marido y es la esclava del Señor se entiende como un voto total e irrevocable de dedicarse a Dios como virgen (Lc 1, 34- 38). Ningún hombre puede entrar en el santuario así consagrado a Dios (Ez 44,1-3).

Las referencias del Nuevo Testamento a los hermanos y hermanas de Jesús no se refieren a otros hijos de María sino, más probablemente, son una manera bíblica de referirse a parientes cercanos (Gn 13,8; 14,16; 29,15).

La creencia en la virginidad perpetua de María no refleja una denigración de lo bueno de la sexualidad humana, sino una comprensión de la naturaleza totalmente gratuita de la iniciativa de Dios y de la totalidad de la respuesta de fe de María. La vocación humana en relación con Dios es esponsal (2 Co 11,2) y se cumple perfectamente en la maternidad virginal de María.

2. Concebida sin pecado (inmaculada concepción)

A la luz de la promesa de Génesis 3,15, muchos de los primeros cristianos veían a María como la Nueva Eva sin pecado, el primer miembro de la nueva creación inaugurada por Cristo, el Nuevo Adán. En 1854, el Papa Pío IX aclaró una larga tradición de desarrollo teológico y piedad al definir formalmente la Inmaculada Concepción: «La Santísima Virgen María fue, desde el primer momento de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente y en virtud de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, preservada de toda mancha de pecado original» (*Ineffabilis Deus*).

En continuidad con el testimonio bíblico y la tradición cristiana, se afirma que María se salva sólo por la obra redentora de Jesucristo y es «bendita entre las mujeres» por ser la Nueva Eva que da a luz al Nuevo Adán, el Salvador del mundo. Ella es impecable sólo en virtud de la obra salvadora de Cristo. Su asentimiento («Hágase en mí según tu palabra») es perfecto, sin mancha de pecado, y es, por tanto, el modelo preeminente de fe y discipulado, pues es también signo de esperanza en el poder de Cristo para

deshacer el pecado y la muerte en los miembros de su cuerpo, la Iglesia. Contra toda forma de pelagianismo, la Inmaculada Concepción da testimonio de la absoluta gratuidad del don de la salvación por parte de Dios, dejando claro que no depende de los méritos humanos, sino que es sólo por gracia (*sola gratia*).

3. Asunta a los cielos.

En 1950, también después de un largo desarrollo de la reflexión de la Iglesia sobre el papel de María en el plan de salvación, se definió la Asunción de María: «Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida terrena, fue elevada en cuerpo y alma a la



«Haced lo que él os diga» Bodas de Caná (c. 1304-1306), de Giotto di Bondone (c. 1267-1337).

gloria celestial, y exaltada por el Señor como Reina sobre todas las cosas, para que se conformase más plenamente a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte» (*Munificentissimus Deus*).

En su Asunción, María anticipa el destino prometido de todos los fieles, icono escatológico de la Iglesia. «Ella resplandece en la tierra hasta que llegue el día del Señor, signo de esperanza cierta y de consuelo para el Pueblo de Dios peregrino» (LG 68).

4. Madre de la Iglesia e intercesora de los cristianos.

«Es evidente que ella es la madre de los miembros de Cristo, puesto que ha cooperado con amor a hacer nacer a los fieles en la Iglesia. Ellos son los miembros de la cabeza, pero ella es físicamente la madre de la cabeza misma» (*Sobre la santa virginidad* 6.6).

María es la primera discípula y madre de la Iglesia, que es la comunión de los santos profesada en el Credo de los Apóstoles. Los primeros discípulos «se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión

fraterna, a la fracción del pan y a la oración» (Hch 2,42). La comunión de los santos incluye «a los fieles peregrinos en la tierra, a los que han muerto y están siendo preparados para la gloria (purgatorio) y a los que ya contemplan «en plena luz, a Dios mismo trino y uno, exactamente como es» (LG 49). Todos ellos están en comunión viva por medio de Cristo, que ha vencido al pecado y a la muerte. Como escribió Santo Tomás de Aquino, «puesto que todos los fieles forman un solo cuerpo, el bien de cada uno se comunica a los demás» (Symb 10; Ef 4, 16).

Así, en la comunión de los santos, los hermanos y hermanas de Cristo, adoptados por la gracia, reconocen a su madre como madre suya. En palabras de San Agustín: Cuando desde la cruz Jesús encomienda a María a Juan como su madre, Juan representa a los fieles de todos los tiempos. Juan acoge a María «en su casa» (*eis ta idia*), lo que significa no sólo en su casa, sino en todo lo que es suyo: su corazón, su mente y su alma (Juan 19: 25-27, 32-37). Así se reconoce con razón a María como Madre de la Iglesia.

La comunión de los santos implica una participación con «los santos en luz», ellos con nosotros y nosotros con ellos (Col 1:12). A nosotros, en la tierra, se nos permite participar en el cumplimiento de la misión de Cristo (Col 1, 24). María, con todos los santos del cielo, reza por la Iglesia en la tierra. Así como pedimos las oraciones de la Iglesia en la tierra, también pedimos las oraciones de la Iglesia en el cielo, sabiendo que «estamos rodeados de una nube tan grande de testigos» (Heb. 12:1).

Así como el sacerdocio de Cristo es compartido de diversas maneras tanto por sus ministros como por los fieles, y como la única bondad de Dios se irradia de diversos modos entre sus criaturas, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que da lugar a una múltiple cooperación que no es sino participación en esta única fuente» (LG 62). Como explica Juan Pablo II, «aunque no se excluyen formas participadas de mediación de diversa índole y grado, sólo adquieren sentido y valor a partir de la mediación propia de Cristo, y no pueden entenderse como paralelas o complementarias a la suya» (*Redemptoris Missio* 5).

Los numerosos títulos de María –Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Sede de la Sabiduría, Arca de la Alianza, Reina del Cielo– iluminan las facetas de su

papel en el plan de salvación. Representan siglos de reflexión cristiana sobre el mayor de los misterios: que Dios se hizo hombre para que el hombre pueda participar plenamente en la vida de Dios.

Una palabra evangélica a los católicos

1. Sobre la virginidad perpetua.

La virginidad perpetua de María es una enseñanza «adiafórica», ni exigida ni prohibida por la propia Escritura. La Biblia no dice hasta qué punto su virginidad física permaneció inviolada en el acto de dar a luz (*in partu*) y después (*postparto*). Los antiguos escritores cristianos expresaron diversas opiniones. En el siglo XVI, Lutero, Zwinglio y Calvino aceptaban el carácter siempre virgen de María. Todavía hoy día, algunos evangélicos se refieren a María como siempre virgen. La Biblia nos dice que Jesús tenía hermanos y nombra a cuatro: Santiago, José, Simón y Judas (Mateo 13, 55-56). Reconocemos, sin embargo, que la palabra griega *adelphoi* tiene una gama de significados y podría referirse a los parientes cercanos de Jesús, ya fueran primos o hijos de José de un matrimonio anterior.

2. Sobre la concepción sin pecado.

Los evangélicos confiesan la impecabilidad de Cristo, pero no la de María y consideran «innecesaria» y antibíblica la noción de que María fue preservada de la mancha del pecado original desde el primer momento de su concepción. La Inmaculada Concepción no es aceptada como dogma por las iglesias de Oriente y fue muy debatida en Occidente antes y después de la Reforma. La idea de que María fue concebida sin pecado original fue rechazada por Agustín, Bernardo de Claraval y Tomás de Aquino, entre otros notables maestros de la Iglesia. Hebreos 7,26 se refiere a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote. Sólo Él era perfectamente santo, intachable, sin mancha, separado de los pecadores. La Biblia deja claro que ningún otro ser humano puede pretender esto (Jn 8,46; Rom 3,23, 5,12; 1 Cor 15,22; 2 Cor 5,21; Ef 2,3; Heb 4,15). Jesús enseñó a sus discípulos, entre los cuales María fue la primera, a rezar «Padre nuestro que estás en los cielos... perdónanos nuestras ofensas» (Mt. 6:12). La Biblia declara que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y que era el Salvador además del hijo de su bendita madre (1 Tim 1,15; Lc 1,46-47).

3. Sobre la ascensión a los cielos

Los evangélicos creemos que la creencia en la ascensión corporal de María carece de justificación bíblica (la visión de Apocalipsis 12,1-6 no dice nada sobre el traslado del cuerpo de María al cielo) y no tiene base

en la tradición cristiana primitiva. La constitución apostólica *Munificentissimus Deus* (1950), en la que el Papa Pío XII promulgó el dogma de la ascensión, no se pronuncia respecto a la muerte de María, aunque se trata de una cuestión de cierta importancia teológica. Si realmente murió (sin haber pecado) y luego resucitó de entre los muertos a la gloria celestial, entonces su resurrección parecería ser paralela a la de Cristo, que fue el único que murió y resucitó para nuestra justificación (Rom 4,24-25). Nos parece prudente seguir aquí el silencio de las Escrituras y las reticencias de los Padres de la Iglesia de los tres primeros siglos.

4. Sobre María como Madre de la Iglesia e intercesora

Los evangélicos afirman que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo extendido tanto en el tiempo como en el espacio. Los lazos entre los que están en Cristo no se rompen con la muerte, y la Iglesia que lucha en la tierra comparte una fe y una esperanza con la noble compañía de los apóstoles, los mártires y todos los santos en la gloria, incluida María. Como declaró Jonathan Edwards, «la Iglesia en el cielo y la Iglesia en la tierra son más un pueblo, una ciudad y una familia de lo que generalmente se imagina» (*Miscellaneous Observations*).

La Biblia no dice si María y otros creyentes que han partido con el Señor en la gloria pueden oír y responder a las palabras que se les dirijan desde esta vida. Los evangélicos creemos que, gracias a la obra consumada de Cristo en la cruz y al poder del Espíritu que intercede por nosotros, podemos acercarnos directamente y «con valentía al trono de la gracia» (Heb 4,16). Aunque la Iglesia triunfante y la Iglesia militante se unen en el culto común por medio del único Espíritu (Ap 5,6-14), no se mencionan oraciones a María o a los santos en el testimonio del Nuevo Testamento y de los primeros doscientos años de la Iglesia. Ireneo observó que los gnósticos heréticos invocaban a los ángeles, pero no ofreció ninguna contrapartida de que los ortodoxos invocaran a los santos; más bien, invocaban únicamente el nombre de Cristo (*Contra las herejías* 1.23; 2.58).

Como salvaguarda contra la tentación de la idolatría y porque este modelo de piedad no se encuentra en el Nuevo Testamento, la mayoría de los evangélicos de hoy no incluyen oraciones a María y a los santos en su culto y devociones personales. Al mismo tiempo, reconocemos que el Señor soberano puede elegir revelarse de maneras extraordinarias cuando y como quiera. ●

¡Que callen las armas!



«¡Que callen las armas, que se escuche el grito de paz de los pobres, del pueblo, de los niños! La guerra no resuelve ningún problema, sólo siembra muerte y destrucción. Aumenta el odio, multiplica la venganza. La guerra borra el futuro.»

(Papa Francisco, Audiencia general 18-10- 2023)

«Cultura popular es la que hace descubrir la situación de alienación y falta de desarrollo en que el pueblo se encuentra. Es mucho y malo lo que le pasa al pueblo, pero lo peor es que éste no sepa lo que le pasa. Cultura popular es lograr que el pueblo sepa hacer una crítica certera de su situación.»

D. Tomás Malagón

